

SOBRE LA ESCRITURA



UNA CHARLA CON
MARIANA ENRIQUEZ

SOBRA LA ESCRITURA

UNA CHARLA CON
MARIANA ENRIQUEZ

Decana

Andrea Varela

Vicedecano

Pablo Bilyk

Jefe de Gabinete

Martín González Frígoli

Secretaria de Asuntos Académicos

Ayelen Sidun

Secretaria de Investigaciones Científicas

Daiana Bruzzone

Secretaría de Posgrado

Lía Gómez

Secretario de Extensión

Agustín Martinuzzi

Secretario de Derechos Humanos

Jorge Jaunarena

Secretario Administrativo

Federico Varela

Secretaria de Finanzas

Marisol Cammertoni

Secretaria de Género

Delfina García Larocca

Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica

Pablo Miguel Blesa

Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 N° 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina

+54 221 422 3770 Interno 159

editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

SOBRE LA ESCRITURA

UNA CHARLA CON

MARIANA ENRIQUEZ

La periodista de *Página/12* y escritora del movimiento literario denominado “Nueva narrativa argentina” Mariana Enriquez brindó una conferencia a estudiantes del Curso Introductorio 2020 a las carreras de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. La decana Andrea Varela, quien participó del encuentro coordinado por el director de Ediciones de Periodismo y Comunicación (EPC) Ulises Cremonte, destacó la importancia de contar con la presencia de la ganadora del Premio Herralde de Novela 2019.

Cabe resaltar, que Enriquez, quien se desempeña como profesora de Periodismo de la UNLP, tiene una amplia trayectoria en medios nacionales. Es subeditora del suplemento «Radar» del matutino *Página/12*, y sus novelas, relatos de viajes y cuentos fueron publicados en medios internacionales como *Electric Literature*, *Granta* y *The New Yorker*.

Al dar el puntapié inicial, la conferencista se refirió a sus inicios en la escritura con la novela “Bajar es lo peor”, que comenzó a escribirla a los 17 años cuando estaba en el último año de la secundaria. “En ese entonces no encontraba literariamente ningún texto en castellano que me hablara a mí, o con personajes que se parecieran a mí, a mis amigos y a lo que era la vida de los años 90”, afirmó.

“Es una novela súper oscura, rockera y sexual, por más que no tenga ninguna referencia explícita. Cuando decidí escribirla empecé a estudiar periodismo a pesar de que no me interesaba mucho la carrera. De todos modos, leía bastante. El periodismo que me gustaba era muy estrafalario para esa época, mi revista favorita era ‘Cerdos y Peces’ que era un periodismo súper del margen y además bastante apócrifo, no se sabía si todas las notas eran reales o no”.

“Hay una omisión muy importante en la novela, en una época en que se vivía muy de cerca esto del Sida. Y cuando tenías la edad que tenía yo -17, 18 años- era tu iniciación sexual, por un lado con el Sida y por el otro, como mujer, con el aborto ilegal y, en esa época, casi siempre muy peligroso”, explica Enriquez.

La periodista agrega que “después leía la prensa de rock de la época, pero sobre todo de

afuera, porque en el 1991 y 1992 no existía *Rolling Stones*, por ejemplo, la opción en la Argentina, o en español. Pero, qué se yo... yo recuerdo ir a Buenos Aires y comprarme, sobre todo, las revistas inglesas *New Musical Express*, *Melody Maker*, porque era como fan de bandas de esa época y estaban ahí. Yo quería hacer eso pero quería, que se yo... ir a cubrir un show de Bowie, por ejemplo”.

Al referirse a sus huellas literarias, la autora contó que “no estaba demasiado influenciada, creo, por la literatura argentina del momento, o por lo que se leía en esa época. Pero sí, en 1991 era una superestrella literaria Osvaldo Soriano y para mí estaba lejísimo. Eran todas referencias que me quedaban lejos. Yo creo que mi formación en esa época eran sobre todo los norteamericanos, que yo les digo *los norteamericanos de la colección Compactos de Anagrama...* y William Burroughs, y mucha literatura popular, sobre todo literatura de terror popular: Stephen King, Anne Rice; y cine: *Mi mundo privado...* yo era súper fan de Johnny Depp”.

“El otro día apareció mi máquina de escribir, apareció en la casa de mi madre y volvió a mi casa. Pero está ahí, es una circunstancia tecnológica, nada más. Igual es difícil...si yo pongo una máquina de escribir ahora y la empiezo a usar, les va a parecer un ruido ensordecedor que no permite nada, pero, como en esa época era como un ruido incorporado a la vida, no era que mis padres decían: “Pará con la máquina que no nos deja dormir”. Era como una cosa normal”, recuerda la escritora.

Retomando el relato de cómo escribió su primera novela afirmó que “el circuito de la edición fue lo más raro de todo y las circunstancias de su publicación tienen que ver con la suerte. Editorial Planeta, que era una de las dos principales en la Argentina de ese momento, estaba haciendo una colección de literatura joven, tenían un montón de textos, pero ninguno escrito por una persona joven; entonces necesitaban eso”.

“La cuestión es que en esa época Gabriela Cerruti había editado una biografía de Carlos Menem y yo era la mejor amiga de su hermana menor. El libro de Gabriela era un “best seller” en esa época, se vendían realmente un montón. Y Andrea le contó a su hermana: *Mariana escribió una novela*; a Gabriela le llamó la atención y me la pidió para leer”. Completa Enriquez su relato.

La escritora resaltó que “el circuito de la novela fue lo más raro de todo, es suerte. Más allá que después la novela a mí me gusta. Pero las circunstancias son circunstancias que tienen que ver con la suerte. Editorial Planeta, que es una de las dos principales editoriales en la Argentina de ese momento, estaba haciendo una colección de literatura joven, tenían un montón de textos sobre cosas jóvenes, pero no tenían ningún texto de una persona joven”.

Los años posteriores a la publicación de “Bajar es lo peor” fueron tiempos de formación para Enriquez, primero como lectora y después como escritora porque según considera “no se puede escribir si uno no lee mucho”. Además, su trabajo en Página/12 se había convertido en una labor muy absorbente: “Tenía que sacrificar algo, y fue el escribir, que era lo más demandante en algún sentido”.

“De todos modos, no dejé de escribir. Hice un libro que fue muy malo y creo que nadie lo

leyó. Eso me sirvió bastante, a pesar de que en ese momento fue muy frustrante y horrible valió la pena con el tiempo, sobre todo para entender qué tipo de novela quería hacer y no podía todavía, porque necesitaba formarme un poco más. Y también había algo que tiene que ver con la edad y con trabajar la palabra en dos medios, para mí muy diferentes, como son el periodismo y la literatura”, agregó la escritora.

En 2001 con su segunda novela llamada “Cómo desaparecer completamente” se dio cuenta de que podía hacer las dos cosas en forma simultánea. “El trabajar en una redacción como la de Página/12, donde la mitad de los periodistas eran escritores de literatura, me ayudó a tomar la decisión correcta”, afirmó.

“La cuestión fue que ahí pasaron un montón de años formándome como periodista; por un lado, académicamente y, por otro, en la práctica. Entonces hubo mucho tiempo de las dos cosas. Y en ese momento era muy agobiante; hoy es muy interesante, digamos, el ir aprendiendo al mismo tiempo que haciendo. Estaba bueno ver el contraste entre lo que ocurre en un ámbito académico, cerrado, y después con lo que te encontrás cuando hacés periodismo real”, completó.

Luego, la escritora recordó sus primeros años en Página 12 y dijo: “Armábamos como informes especiales con (Cristian) Alarcón. Era muy divertido escribir con él, porque además siempre fue una persona mucho más entusiasta que yo en todo sentido, como que se arengaba. Después nos separamos y él empezó hacer una carrera súper fuerte con temas sobre crímenes, marginalidad y derechos humanos. Y a mí me encargaban de todo un poco. Durante mucho tiempo hice crónica callejera, pero no era lo mío. Entonces hablé con Carlos Polimeni que era el jefe de Espectáculos y le dije que quería cubrir shows de rock”.

“Durante mucho tiempo hice crónica callejera. Era una época rara esa, 96, 97. Empezaba la decadencia económica que después se va a hacer muy obvia, en el 99 ya, porque para mí del 99 al 2001 es lo mismo, o sea, el 2001 es como si hubiese reventado algo pero que ya hacía dos años que se estaba tensando muchísimo. Y en esa época empezaron a pasar cosas muy obvias, como gente que comía en la calle de la basura que tiraban de McDonalds. Entonces me mandaban a mí a hacerlo. Y a mí eran notas que me costaban bastante porque había algo que a mí en esa época me costaba compatibilizar, que era la crónica muy bien escrita que yo iba a terminar haciendo después de eso, y el hecho de estar ahí y que la gente no tuviese ganas de hablar con vos, que estuviese avergonzada, sentir que los estabas exponiendo. Cuando te enfrentás, ahí es fuerte lo que pasa. Me acuerdo incluso una nota, por ejemplo, de un camión de vacas que se había caído y la gente había faenado a las vacas. Cuando yo llegué -fue en Quilmes- era todo sangre en la calle, era bíblica la situación. Y nadie quería hablar conmigo, porque la gente tenía vergüenza. Y vos te sentís un poco como explotando esa situación para después hacer una nota en la que te lucís”.

Retomando el relato de cómo escribió su novela la periodista y escritora explicó: “fue complejo esa etapa, porque por un lado necesitaba formarme como lectora. Se puede escribir si uno lee mucho. Y yo a los 21 años había leído poco porque había vivido poco. No había tenido tiempo de leer. Y lo que había leído había sido muy desordenado, muy caprichoso y necesitaba algún tipo de

orden. Así que me dediqué un poco a ordenarme en ese sentido. Además de que me había sentido muy insegura, era como “no sé nada”. Estaba como insegura en ese sentido. Después el periodismo sí se convirtió en una cosa muy absorbente porque estaba aprendiendo a hacerlo”.

“Y también había algo que tiene que ver con la edad y con trabajar con la palabra en dos medios para mí muy diferentes, como son el periodismo y la literatura; o sea, una cosa es usar herramientas de la literatura para escribir periodismo y otra cosa el texto periodístico que son literatura. Pero la literatura que a mí más me gusta es la literatura de ficción, y la ficción no tiene nada que ver con el periodismo”, añadió Enriquez.

La novelista relató: “Cuando empecé a escribir la segunda novela, que fue *Cómo desaparecer completamente*, que la empecé en 2001, pero antes de la crisis, ahí ya tenía claro que me parecía que podía hacer las dos cosas al mismo tiempo. Sobre todo porque además yo trabajaba en una redacción, como la redacción de *Página/12*, donde la mitad de los periodistas eran escritores de literatura. Entonces ahí encontré claramente que hay dos caminos para el escritor de literatura que es o ser periodista por el mundo, que es una cosa que por ochenta millones de razones yo no podía hacer en ese momento”.

“Yo me daba cuenta que era una novela que tenía muchos problemas, sobre todo técnicos, y después los lectores me lo confirmaron. Y no insistí; fue como “ya está no lo puedo hacer”. Y después volver a publicar tampoco fue tan fácil, o sea, no desaparecer completamente después de haberla presentado en la misma editorial donde presenté esta novela que era mala...”.

Enriquez comentó que su segunda producción fue leída por muchos lectores, pero agregó que “fue muy corregida. No me pagaron. O sea, lo que quiero decir es que publicar y que te vaya más o menos bien en la primera no significa que una segunda vaya a suceder lo mismo en ningún sentido; o sea, ni en el sentido de ser escrita, ni en el sentido de ser publicada, etcétera”.

“Hay una ventaja que para mí tiene la gente que está escribiendo hoy que es la cantidad importantísima que hay de editoriales independientes. Querer empezar a publicar en una multinacional es un delirio. Yo empecé a publicar en una multinacional, en Planeta, porque ellos necesitaban una novela joven y yo tenía una novela y era joven. Pero fue un encuentro de ese tipo de cosas”, mencionó la periodista.

Para la escritora “la posibilidad que da una editorial independiente es muy interesante. Primero porque da una visibilidad que luego -si tu interés es que te publique una editorial grande- es interesante, porque es una especie de vidriera sin la lógica de una editorial grande, que es el libro sale en junio, está súper exhibido, lo mandan a todas partes y en julio se acabó. En cambio la editorial independiente saca diez libros por año, los cuida más; el editor agarra, los mete en la mochila y se los lleva a una feria en Chile, a una feria en Perú”.

“Yo trato de tener siempre, ahora que puedo, un libro en una editorial más o menos grande y en un editorial independiente también. Y muchos escritores lo hacen... Y las editoriales independientes cuando yo empecé a publicar no existían. O muy poco. Pero sí eran muchísimo más chicas o

eran editoriales que también publicaban fanzines. Ahora están mucho más profesionalizadas, e increíblemente funcionan en esta economía, es decir, siguen sacando libros. Esa es una ventaja. O sea, antes de deprimirse, de “no puedo publicarlo”...”.

Enriquez completa: “Pero hay una ventaja objetiva, que es esa. Ustedes dirán “Bueno, en el 91 era otro mundo y ahora nuestro mundo es este”. Bueno, está bien. También es cierto que hay un boom, que se publica mucho y que hay muchos textos. Y para mí es muy esencial tener paciencia con el texto propio. Porque se publica tanto, y es cierto que muchos de los textos que se publican son bastante parecidos, que el efecto que hay, por lo menos para mí como lector, es un efecto bastante monocorde”.

“Entonces, cuando aparece una voz que es una voz distinta, llama muchísimo la atención. Pero eso es normal. Es como lo mismo que pasa con la oferta musical. Vos te ponés a escuchar y por ahí aparece un artista que decís: “¡Guau!”, pero porque escuchaste antes 87 artistas iguales; no iguales estilísticamente, sino como una cosa monocorde que decís: “Bueno, no hay una voz”. La voz se trabaja, lleva tiempo, lleva trabajo, hay que tener paciencia, no sé. Eso es a lo que se refieren los escritores viejos cuando dicen que hay que sufrir. No se sufre nada, lo que pasa es que es mucho trabajo”

La autora de “Nuestra parte de noche” recomendó a los jóvenes que recién se inician en la escritura que no se apuren en la publicación de sus trabajos: “Yo tiré una novela de seiscientas páginas entre un libro y el otro por ansiosa. Me daba cuenta que era una novela que tenía muchos problemas, sobre todo técnicos, y después los lectores me lo confirmaron. Y no insistí, fue como decir ‘ya está no lo puedo hacer’. Finalmente, se publicó y fue leída por mucha gente, pero fue muy corregida y no me pagaron. Y después volver a publicar tampoco fue tan fácil. Con esto quiero decir que publicar y que te vaya más o menos bien en la primera no significa que en una segunda oportunidad vaya a suceder lo mismo”.

Por otra parte, aconsejó a los nuevos escritores a no bloquearse mentalmente ni encapricharse con seguir en algo que quizás no va, a la hora de escribir: “No existe trabarse, lo que pasa en realidad es que hay un momento en que no estás muy segura de hacia dónde vas. Eso es normal. A veces también pasa que tenés una historia que empezaste a escribir y no funciona por algún motivo. Entonces, hay que descartarla y empezar con otra. Muchas veces uno se emperna con algo que no va, y que no es lo que tenés que escribir y hay que abandonarlo. En ese sentido yo creo que ningún escritor se trava. Si estás trabado con algo es que eso no lo tenés que escribir. Tenés que ir para otro lado, buscar otra historia, otro estilo, otra cosa que te entusiasme y sobre todo no escribir desde el tormento. El impulso literario es divertirnos”.

Entre sus obras, la autora también escribió varios cuentos a pesar de una limitación que reveló ella misma: “lo que a mí me pasaba desde un principio, incluso desde ‘Bajar es lo peor’, es que quería escribir terror pero tenía una dificultad que era escribir narradoras mujeres, no hay tantas escritoras que busquen narradoras mujeres y, además, quería escribir terror. Tenía dos problemas... La novela que había tirado era una novela más fantástica que de terror. No podía escribir una novela

de género, no podía sostener el suspenso, eran imitaciones muy malas de Stephen King.”

“No entendía bien en ese momento que para hacer terror tenía que hacerlo con cosas de acá y con un lenguaje en español, en el sentido más esencial del término, que no fuese el terror de Estados Unidos o de Inglaterra. Entonces, lo que empecé a hacer como una especie de experimento fue escribir cuentos de terror con narradoras mujeres. Mezclar los dos problemas que tenía y ver si en una forma breve podía resolver el tema de la voz de la protagonista femenina, el suspenso, la tensión y tener algo para decir que tuviera que ver con los miedos nuestros. Entonces escribí el primer cuento que estaba protagonizado por una chica con una maldición familiar, pero que tiene cosas de acá. ¡Y funcionó!”.

Paradójicamente, la obra premiada “Nuestra parte de noche” es una novela con 600 páginas en la que trabaja, ya ahí, el terror a largo plazo. Enriquez afirmó le pasaron dos cosas al escribirla: “Estaba bastante cansada del cuento, venía de escribir una novela corta que podría haber sido larga, y tenía ganas de entrar en ese universo que es mucho más obsesivo en el sentido que con un cuento vos tenés la idea y lo resolvés en unos cuantos días, pero el proceso es corto, en cambio, el de la novela es larguísimo. Además, habían pasado más de diez años que no publicaba en ese formato”.

“Venía escribiendo cuentos porque en realidad lo que a mí me pasaba desde un principio, incluso desde *Bajar es lo peor*-que para mí es una novela de terror, pasa que nadie la vio así, pero no importa, para mí es-, es que yo quería escribir terror, pero tenía una limitación o dificultad, o como lo quieran llamar, que era escribir narradoras mujeres. Lo que quiero decir es que todos leímos menos narradoras mujeres que hombres; no autores, no estoy hablando de autores. O sea, vos tenés una escritora como Patricia Highsmith, que es mujer, y el ochenta o noventa por ciento de sus novelas están protagonizadas por varones. Tiene que ver con el narrador, o sea, quién está contando la historia, y la mayoría son varones. Y yo quería escribir narradoras mujeres”, agregó.

En ese sentido, Enriquez comenta que “no hay tantas escritoras que buscan narradoras mujeres, está Flannery O’Connor... Y quería escribir terror. Y tenía dos problemas. Terror en largo se habían escrito novelas nada más. Y la novela que había tirado es una novela más fantástica que de terror. No me salía en largo, no podía escribir una novela de género, no podía sostener el suspenso, eran muy plomo, eran imitaciones muy malas de Stephen King... No entendía bien en ese momento que para hacer terror tenía que hacer terror con cosas de acá -y cuando digo de acá digo de Argentina, y por extensión de América Latina-, pero quiero decir con un lenguaje en español en el sentido más esencial del término, o sea, que no fuese el terror de Estados Unidos o de Inglaterra, porque no me sirve; sino traducido en todo caso, porque tampoco podía decir otra cosa”.

“Entonces, lo que empecé a hacer como una especie de experimento fue escribir cuentos de terror con narradoras mujeres; como mezclar los dos problemas que tenía y ver si en una forma breve -como es el cuento, que tenés más control- podía resolver el tema de la voz de la protagonista femenina y podía resolver el tema del suspenso y la tensión, y tener algo para decir que tuviera que ver con los miedos nuestros. Entonces escribí el primer cuento; lo escribí para una antología que no me acuerdo cómo se llamaba..., que es un cuento protagonizado por una chica y que es sobre

una maldición familiar, pero que tiene cosas de acá: tiene folklore argentino, es muy realista en el sentido de que ella tiene problemas psiquiátricos y todo lo que ocurre es como reconocible, etcétera. Y funcionó, es un cuento que funciona. Y a partir de ahí encontré sobre todo... más que lo de la narradora... encontré o empecé a buscar cuáles eran los temas o dónde iba a estar el horror de lo que iba a escribir cuando escribiese terror. Y lo encontré en el cuento”, completa la periodista.

Al referirse a la obra Nuestra parte de noche, la autora considera que “estaba bastante cansada de las formas breves... Pasaron dos cosas ahí en realidad. Un poco que estaba bastante cansada del cuento; venía de escribir una novela corta que podría haber sido una novela larga y que decidí después una novela corta porque para mí esa novela larga. Pero me había cansado de todo lo que implica lo breve, que es contar menos, la elipsis, sugerir más, ser bastante preciso. Y tenía ganas de entrar en el universo de la novela, que es mucho más obsesivo. Con obsesivo quiero decir que con un cuento vos tenés la idea y lo resolvés en unos cuantos días, pero el proceso es corto; el proceso de una novela es larguísimo y tenía ganas de meterme en ese proceso, de convivir con los personajes, todo lo que significaba eso”.

“Estaba un poco también cansada de la eficiencia del cuento, o sea, la novela es bastante más imperfecta, la novela tiene que tener mesetas. Y después, yo empecé escribiendo novelas y hacía mucho que estaba escribiendo cuentos, y tenía ganas de volver a escribir novelas. Habían pasado más de diez años desde que había publicado una novela. Y había hecho este trabajo en el medio, que fue la biografía de Silvina Ocampo, que fue casi en algún sentido como una experiencia periodística -es un libro periodístico-; una experiencia periodística en el sentido de la obsesión con el personaje... un montón de voces, hablar con un montón de gente, buscarle el punto de vista, de dónde me cuenta esto, de dónde me cuenta lo otro, meterme en un mundo que yo no conozco que es el mundo de la oligarquía argentina, que no tenía la menor idea, y después terminé usando en Nuestra parte de noche también”, comenta Enriquez.

“Algunos ricos, poderosos, malísimos en Nuestra parte de noche que son una secta y que son la oligarquía argentina. Son personajes de la oligarquía argentina, pero lo son por una cuestión que tiene que ver con la trama, es decir, hacen cosas tan tremendas que tienen que tener el dinero para taparlo... la impunidad del poder, la impunidad del dinero. Pero ese libro fue importante en ese sentido porque fue una inmersión de tipo novelística. Si hacés un libro periodístico tan largo, por ahí no tan largo en el resultado, pero sí largo en el tiempo y en lo que implica la investigación, eso sí es bastante parecido al nivel de obsesión que demanda una novela; el armado, como una cuestión un poco más arquitectónica. Un cuento es más una canción. Un libro periodístico o una novela es más un disco o una casa; la metáfora que quieras usar. Es otro tipo de construcción”.

Más tarde fue el turno de hablar sobre sus lectores y la relación, a veces compleja, con ellos. En ese sentido señaló, un poco en serio un poco en broma, que “se lleva bien mientras no estén chiflados”. Luego confesó un episodio que le sucedió con “Bajar es lo peor”. “Tenía muchos fans que venían a preguntarme históricamente dónde estaban los personajes, ¿dónde vivían los personajes! Incluso una vez vino una chica que se había peleado con su novia y que quería regalarme a mí como

vehículo de reconciliación, digamos. Entonces la vi, me contó todo el rollo que había tenido y me dijo: “¿Te puedo presentar a ella?”, como que le quería dar un súper regalo. Después la novia vino, re buena onda, pero no se amigaron y ella medio que se enojó conmigo”.

En cuanto a las herramientas que le ha brindado el periodismo para sus obras, la escritora mencionó que si bien no suele utilizarlas con frecuencia porque escribe ficción, le sirven para darle “un toque de realismo, de verosímil. Para muchos, ya por que tenga el formato y estilo de la crónica, está diciendo que eso es real”. En “Bajar es lo peor” recuerda un fragmento donde aparece una crónica periodística y revela que eso fue “cien por cien ficción. No hay nada cierto, no existe el pueblo, no existe esa fosa común, no existe nada. Pero el estilo de escritura de una crónica fue a propósito, fue como para jugar más con eso todavía. Incluso, en la casa de Villa Elisa yo busqué por Google Maps que no coincidieran las calles. El otro día una chica de Villa Elisa me que fue a buscar la casa. Y no, no la va a encontrar porque no hay nada ahí. Cómo la novela en muchas cosas tiene que ver con mis intereses, entonces yo quería que estuviese el periodismo. Lo que pasa es que quería que estuviese con esta operación: con una crónica que no existe, con todo absolutamente inventado... y usando el recurso también como para confirmar estas relaciones que hay entre periodismo y literatura. Y finalmente son estilos, los contenidos son los que marcan la diferencia, tampoco es un invento mío”.

Al referirse a su práctica literaria Enriquez narró que “lo que existe es un momento en que no estás muy segura hacia dónde vas. Eso es normal. O lo que existe es una historia que empezaste a escribir y no funciona por equis motivo, y la tenés que descartar y empezar con otra. En ese sentido tengo que destrabar. Pero a veces uno se emperna con algo que no va, y que no es lo que tenés escribir y tenés que abandonarlo. En ese sentido yo creo que ningún escritor se traba. Y sencillamente lo que hace un escritor es encapricharse con algo y tiene que ir para otro lado. Si estás trabado con algo es que eso no lo tenés que escribir. Tenés que ir para otro lado, buscar otra historia, otro estilo, otra cosa que te entusiasme y sobre todo no escribir desde el tormento. El impulso literario es divertirnos”.

En cuanto a la cuestión de género en la literatura, la periodista de Página 12 dijo que “la cuestión es compleja. Creo que en este momento hay más escritoras mujeres, y no solo hay más, sino que incluso es un momento en que están de moda, cosa que hay que aprovechar. Esta puerta se abrió porque se insistió, se golpeó, y las mujeres lo vienen haciendo hace un montón de tiempo y, finalmente, se consiguió ese lugar”.

“Después, la visibilidad creo que todavía es necesaria, me agobia tener que hablar de género y no de literatura. Por ejemplo, me invitan a una charla en la Feria del Libro y me preguntan cómo es ser escritora y mujer. Creo que también pasa por la desventaja histórica de las mujeres con respecto a la literatura, entramos mucho más tarde, hay un montón de la experiencia femenina que por eso no fue registrada, o fue registrada de otra manera o por varones”. Siguiendo con la cuestión de género afirmó que “nunca escribiría literatura en lenguaje inclusivo, aunque me parece que es muy pertinente y adecuado para lo oral y, sobre todo, en términos políticos. Cuando digo político estoy diciendo una intervención en algún sentido. Pero para la literatura yo no lo usaría. Salvo que tuviese un personaje que quisiera posicionarse políticamente de determinada manera y que él o ella tome la

decisión de hablar de esa manera. En ese caso sí, pero en general no”.

“Hay que ser bastante consciente de que todos los escritores -mujeres, hombres - están en una situación de privilegio: todos pueden destinar un tiempo, que la mayoría de la gente en el planeta Tierra designa a trabajar -porque no les queda otra-, a hacer un trabajo que no es remunerado, o sea, es tiempo que vos estás poniendo a un trabajo creativo, un trabajo que no te da dinero inmediatamente, y eso es un privilegio. Entonces creo que también las mujeres, al estar en una posición de desventaja histórica respecto a la literatura, porque entran a la literatura muchísimo más tarde, hay un montón de la experiencia femenina que por eso no fue registrada, o fue registrada de otra manera, o fue registrada por varones, por eso te da tanta risa...”, comentó la escritora.

“La sobrevaloración... eso también es un problema, porque también es ponerte en una especie de gueto en el que las mujeres pueden hablar de la intimidad y del cuerpo y del embarazo, del útero, de la sangre... y yo estoy hasta acá chicas de eso, ya lo sé. Podemos pasar a otro lado. ¿Por qué creemos que los varones escriben de guerra porque fueron a la guerra? No fueron a la guerra. ¿Y la guerra medieval? ¿Cuándo fueron a la guerra medieval? A mí me impresionó de la mejor de las maneras cuando leí la Saga de los Confines, de Liliana Bodoc, que es una épica de los pueblos americanos, de los pueblos indígenas americanos, con escenas de guerra, con asesinatos, crímenes, con escenas de batallas feroces, cuerpo a cuerpo...y eso las que mejor lo escriben son las minas... Harry Potter, Los juegos del hambre, la Saga de los Confines”.

“Porque que te pongan en el gueto de la experiencia también es decirte: vos tenés que escribir sobre la maternidad, pero sobre la guerra escribimos los que hacemos la guerra. Pero si ustedes no hacen la guerra, muchachos. O sea, ¿cuál es el porcentaje de varones que hacen la guerra? Entonces, digamos, me parece que hay un montón de cosas para cuestionar desde el género, que tienen que ver con también desmontar frases que en los últimos años estamos repitiendo muchísimo y que no son así”, agregó.

Enriquez continúa comentando su experiencia en la literatura: “Yo no escribiría policial... Soy bastante mala para escribir humor, o sea, no es gracioso; por ahí una columna, digo, una cosa más o menos breve, pero digamos, eso me costaría bastante. Y después, temas... yo pienso cada día, digamos, que no hay un tema que yo no escribiría por una cuestión ideológica, es decir, me parece que en ese sentido podría abordar casi cualquier tema. Lo que sí me pasa es que hay temas que me parece que no tengo el suficiente bagaje en muchos sentidos para acometerlos y que podría hacer gravísimos papelones. En general, me molesta bastante, o no sé si me molesta es la palabra, pero hay cierto registro literario de la pobreza y la marginalidad, etcétera, que es todo igual, que también ocurre en el periodismo...”.

“Entonces ahí hay ciertas realidades de ese tipo, o por ejemplo ciertas realidades de grupos indígenas que yo no conozco para nada, que tampoco me atrevería a hacer eso si no fuese después de una investigación. También me molestan los textos, por ejemplo, sobre una cuestión que tiene que ver con el cine, que es absolutamente idealizado y que es un papelón, y en general lo que está ocurriendo es otra cosa. Hace poco leí un libro alucinante, que se llama Beloved. El libro está basado

en el caso de una mujer esclava que mató a su hija chica cuando sus dueños, digamos, los esclavistas que la tenían... ella se escapa de la plantación y los esclavistas la van a buscar. Que a ella se la lleven ella lo puede soportar, pero que hagan esclava a su hija no. Es una novela de fantasmas. El fantasma de la nena muerta convive con su mamá, después, cuando ella es grande. Pero bueno... hay varias historias ahí metidas, de todos los personajes que están alrededor de ella”.

Ya sobre el final, la periodista remarcó que no escribe sobre humor, policiales y ciertos estilos porque “soy bastante mala para esos temas. Y después, digamos, no hay un tema que yo no escribiría por una cuestión ideológica, es decir, me parece que en ese sentido podría abordar casi cualquiera. Igual creo que hay temas sobre los que no tengo el suficiente bagaje en muchos sentidos para acometerlos y que podría hacer gravísimos papelones. También hay cierto registro literario de la pobreza, la marginalidad, por ejemplo, que es todo igual, y también ocurre en el periodismo. Entonces ahí hay ciertas realidades como la de los grupos indígenas que yo no conozco para nada y que tampoco me atrevería a hacer esos temas si no fuese después de una investigación”.

“No creo para nada eso de que hay que vivir cosas para contarlas pero sí hay que tener, aunque sea, una experiencia de tercera mano de la subjetividad de algo para poder hacerle frente. ‘Cómo desaparecer completamente’ es una novela que escribí donde hay un personaje, un chico, que es abusado cuando era pequeño. Por supuesto yo conozco a una persona que pasó por esa experiencia, de lo contrario no lo hubiese hecho. Una persona que me lo contó y yo después completé con otro montón de investigaciones, pero pude percibir de esa persona que me lo contó cierta subjetividad, ciertos problemas, rarezas y modos de estar en el mundo que tienen que ver con un trauma, que es muy específico y que sin ese dato yo no me lo podría haber imaginado, porque no se puede”.

Por último, y en un aula colmada de estudiantes, docentes, Nodocentes y graduados/as/es, agradeció a la Facultad por la invitación y sostuvo: “Para mí es un placer venir, tener un reconocimiento y que todos ustedes vengan”.